

49 727

e 1811/4

SOCIEDAD EXCURSIONISTA
MELLENSE



NOTAS DE EXCURSIONISMO

764

SOCIEDAD EXCURSIONISTA

===== MELILLENSE =====

PAÍS RIFEÑO

NOTAS
DE EXCURSIONISMO



SOCIEDAD EXCURSIONISTA

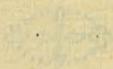
MILLUENSE

PAÍS RIFEÑO

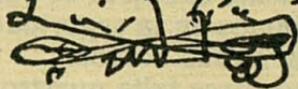
Es propiedad

NOTAS

DE EXCURSIONISMO



طالما شعر اعجاب المرار من والمعاهد العلمية
بالاجته التي تاليف جدير كهذا وهو اول
تاليف لم يسبق له مثيل حلب الزمان ليدانيس
بمثله وهو من اقدم ما يطالع الا انسان وبيادر
بافتتاحه كما ايجلو من كل جلمر مهمما كنهت
جى عالم التمر الحريث الزاشر نورك
وبان وعنى جى وكنتنا العز ينو فيه ما تشبهه
الانيسر تفر الامين وحتن على ما يدل تاريخية
وجغرافية وتفسيرية وافكلى وكنية وعدادات
قومية حتى يخس الفاري نفسه يتجول جى
افكار الرب او هو مسترطن جيه جسمان من
بزل الاثيار بغيرها وانى باهر افضل منها
حر جليلية جى شهر ربيع الثاني عام 1346.

عبد الكريم المنجستاني


Versión española del anterior escrito en árabe (1)



ACE mucho tiempo que profesores y otras personalidades de diversos centros culturales, habían notado la necesidad de una nueva composición literaria que viniera a llenar el vacío que causaba la carencia de libros competentes que nos dieran a conocer del modo más completo posible la naturaleza del suelo de esta parte de nuestra zona de Protectorado y las diversas manifestaciones de la vida social de sus habitantes.

Afortunadamente, la tan deseada producción literaria ha tenido ya su realización; y sus autores nos la ofrecen magistralmente en las páginas del presente libro, el cual, es, sin duda, superior en méritos a todos los de su clase no sólo en interés y colorido, sino también por la abundancia de los datos útiles que contiene, cuidadosamente observados.

Por tanto, el aficionado al estudio de los asuntos de nuestra región, cuenta hoy con un libro curioso y útil que cumplirá ciertamente el objeto de sus aspiraciones, cuya lectura aconsejamos en la seguridad de que el lector no verá defraudados sus deseos.

Claro está que no hace falta nuestro consejo para que el público lea el presente libro, que por curiosidad

(1) El lector debe atribuir este elogio nada más que a la amabilidad extremosa de Si El Hach Abd El Krim Xauni, a cuya exclusiva cuenta y cargo se dejan tan inmerecidos juicios. Nota de la *Excursionista*.

e interés se recomienda sólo, así como para leer cualquiera otra manifestación intelectual que aparezca en el mundo de la civilización moderna, la cual por fortuna empieza a refulgir también en nuestro querido país.

Curiosísimos datos abundan en las páginas de este precioso, libro que hacen experimentar al lector un verdadero placer cuando, al leerlas, ve desfilar ante su vista numerosos detalles históricos y geográficos e ilustraciones fotográficas del territorio, así como noticias curiosas del carácter y costumbres de los naturales del país, todo ello expuesto de tal modo que el lector se figura estar contemplando con sus propios ojos los lugares y cuadros narrados, y tener de ellos la misma visión exacta que el habitante del país.

Gloria a Dios que con su omnimodo poder muda la naturaleza de las cosas transformándolas en otras mejores.

Escrito en Melilla en el mes de Rebea segundo año 1346.

ABDELQUERIM EX-XEFAUNI.

El Traductor,

Baldomero Tabares.

Melilla 16 de Diciembre 1927



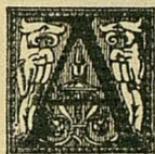
Vista panorámica del Gurugú. Al fondo el lago llamado Mar Chica
y la llanura de Bu Erg



Grupo de excursionistas en el Zoko El Had de Beni Sîcar

Fot. Cano)

Como nació la «Sociedad». Sus orientaciones y mi reconocimiento.



LA feliz iniciativa de mi amigo don José María Paniagua, debe indudablemente la EXCURSIONISTA MELILLENSE su institución acertada y plausible. Recogida la excelente idea por un grupo de personas dispuestas siempre a fomentar todo acto cultural o meritorio, y aceptado el hecho de llegar cómodamente al estudio efectivo y útil de la especial psicología del indígena, de sus costumbres mas curiosas y típicas, y principalmente, de la zona oriental de nuestro Protectorado, quedó fundada la Sociedad y aprobado su reglamento el día 6 de Junio de 1924.

De la interesante labor realizada por la EXCURSIONISTA MELILLENSE en el corto período de su vida, son elocuente testimonio los trabajos que figuran en este opúsculo. Yo que inmerecidamente fuí designado para ocupar la Presidencia de esta Sociedad, cuyos propósitos esencialmente educadores, patrióticos y artísticos merecieron el aplauso alentador y estimulante del pueblo, de la Prensa y de las Autoridades, debo significar aquí mi agradecimiento a todos por las atenciones recibidas. Lo mismo del Alto Mando, que de los Jefes y Oficiales de las Intervenciones militares, como también de los kaid's y demás funcionarios y autoridades moras, obtuvo la EXCURSIONISTA MELILLENSE todo género de facilidades, siendo acogida en sus distintas excursiones de es-

tudio, con una sentida cordialidad digna de la mayor gratitud. (1)

¡Ojalá que el vivo ejemplo de la eficacia demostrada por la SOCIEDAD EXCURSIONISTA estimule a los españoles residentes en Melilla, para engrandecerla y dignificarla con el acercamiento necesario y tuitivo de sus concursos!

PEDRO J. CANO,
Presidente de la Excursionista.

(1) Por su decidida y útil cooperación a los fines del excursionismo rifeño, debe hacerse constar aquí nuestra gratitud especial a los señores siguientes: Capellán Primero del Cuerpo Eclesiástico del Ejército don Inocente Lechuga Romero, Teniente Coronel de Infantería don Arias Bulnes Bulnes Trespalacios, Teniente Coronel de Intervenciones Militares D. Manuel Llanos Medina, Comandantes de Intervenciones Militares D. Alfredo Pradas Arruebo y D. Jesús Jiménez Ortoneda, Capitán de Infantería y Profesor de Cheljha don Cándido López Castillejos, Capitán de Intervenciones Militares don Manuel Gavilá Pelegrí, Teniente de Infantería don Joaquin Esponera y Valero de Bernabé, Tenientes de Intervenciones Militares don José María Horteiga, don José Verdú y Verdú y don Joaquin Serrano Mas, Alférez de Infantería don Gabriel Tassada, Sargento de Artillería don Juan Caparrós, Sargento de las Fuerzas Regulares Indígenas don Manuel Reyes, niño Miguel Prats Vila, cantinero de Taxuda Mateo Pérez y cantinero de Hassi Berkan Romualdo Gonzalez.

Han extremado sus atenciones y su ayuda a los excursionistas los musulmanes que a continuación se expresan: Bajá Si Abd El Kader Bel Hach Tieb; Hach Si Abd El Krim Xauni, de Melilla; Hach Si Hammar Ben Cheij Haddú, de Beni Bu Gafar; Hach Si Hammú Kadiri de Beni Sicar; Kaid Si Abd El Kader Ben Kaid Al-lal, de Beni Bu Ifrur; Kaid Si Mehamed El Uariachi, de Beni Sidel; Kaid Si Omar Ben Abd Al-lah, de Farjana; Kaid Si Mohamed Ben Hamida Ben Chel-lal, de Ulad Chaaid; Alfaqui Si Aamar Ben Aaisa, de Beni Bu Gafar; Cheij Si Mohand Abd El Kader, de Metalza; Mejazni Bagdad Ben Mimun Naamar, de Beni Sidel, y Mejazni Abderrahman Ben Mohamed Ben Tahar, de Beni Sicar.



Niño de Beni Bu Yahí, con el arete que suelen llevar los de esta kábila



Centenario moro de las casas de Ben Chel-lal



Niños de la escuela mora de Sammar (Kábila de Beni Bu Gafar)
(Fot. Paniagua)

«La «Excursionista» y su finalidad patriótica»



Los similares de la otra orilla de nuestro mar azul tienen una misión muy importante, la EXCURSIONISTA MELILLENSE, cumple otra tan noble y elevada como la de las penínsulares, y de añadidura, eminentemente patriótica.

Nada más importante para España, ni tampoco más eficaz para el mejor ejercicio de su régimen de Protectorado en el Norte marroquí, que el conocimiento exacto y detallado del territorio protegido y de los usos y costumbres de los indígenas, aliados nuestros, para la obra altruista y noble de su civilización y progreso.

De cómo realiza sus altos fines, esta Sociedad, única en toda nuestra Zona Marroquí, sin otro esfuerzo ni ayuda que el entusiasmo y el patriotismo de sus miembros, dan fe sus interesantes periódicas excursiones, alentadas siempre por el Mando, y facilitadas por las Intervenciones militares.

Día llegará en que la modesta SOCIEDAD de hoy, sea la propulsora de la corriente turística, que, bien encauzada y orientada, habrá de ser muy beneficiosa, moral y materialmente, para Melilla y para España, llamada a dirigir y a enaltecer estas razas, víctimas de la ignorancia irresponsable, y de un fanatismo mal entendido.

JAIME TUR,

Presidente de la Asociación de la Prensa



Inmediaciones del Zoko El Had de Ferrahia
(Kábila de Quebdana)

(Fot. Paniagua)



Agricultores de Telat (Kábila de Beni Sidel)

(Fot. Paniagua)

IMPRESIONES



RA una extraña sensación de congoja la sentida al contemplar por primera vez las tierras que a mi Patria costaran cruentos sacrificios... Y también era una sensación de triste orgullo al pensar que eramos nosotros, los tachados de míseros, quienes habíamos empleado tantos hombres y dinero por la civilización y por nuestro nombre.

Pese a tales sacrificios, no se conoce lo bastante la labor española en Africa; es necesario que los que aquí vivimos, los que hemos visitado el territorio cuando aún las tierras no habían tenido tiempo de esconder la siembra de despojos que dejó la guerra, les digamos a los que viven en España algo de las cuevas, de las barrancas entrecortadas, de los picachos áridos y de la estepa inhóspita, para que puedan tener una aproximada idea de lo que fueron las tragedias de la guerra, y lo que hizo el heroico orgullo de un Ejército y de una Raza.

En la ciudad de soberanía todos conocemos a ese indígena «internacional», con un barníz especial de civilización de campamento o de avanzada, de cantina, de puerto, de mercado, hecho de astucias, de «gramática parda»... es un indígena que se arregló «a su medida» heterogéneas costumbres ajenas, sin dejar las propias, y que, por conveniencia o por convencimiento, se va aproximando algo a la mayoría representativa de una civilización mas moderna.

No es demasiado fácil penetrar en su verdadero vivir, en su sentir, en su organización. De lo que cualquiera puede ver, en esta convivencia relativa de la ciudad y del campo, se notan enseguida los contrastes de sus organizaciones y sensaciones, primitivas si se quiere, pero que, mas o menos amortiguadas y disimuladas, también existen en pueblos de civilizaciones ultramodernas.

Es fácil observar un orgulloso y poderoso jefe en contraste con un mísero vasallo; campos que están sembrados de piedras innúmeras y poblados terrosos disfraczados en las cortadas; huertos brillantes de verdor y el blanquísimo morabo; el amo y señor que descansa frente a interminables filas de mujeres, prematuramente aventajadas, acarreando agua y pesadas cargas, o ayudando la cansina labor de míseras yuntas de vacas huesudas y burros sarnosos.

—

Fanatismos, leyendas de sabor universal, historias de esplendores que fueron, ¿cuál es vuestro origen? Mercados de multitud abigarrada, titiriteros, remendones, ciegos, tullidos, lañadores... si os pudiera vestir de varios modos, seriais los mismos andrajos de todos los climas.

—

Las tierras calvas han sido someramente arañadas con un arado de madera, cuya rama larga es llamada *meheratz* y armado de una uña de hierro denominada *ska*; no profundizó la labor mas de cinco centímetros, y luego, con un gesto amplio, arroja el indígena el grano para que caiga por toda la tierra trabajada...

Ya se purifica el indígena con el ayuno absoluto (Ramadan) durante las horas diurnas del tiempo que abarca una luna completa...

Terminó el ayuno y las promesas de los sembrados son casi realidades...

Se ha hecho la recolección y se ha tenido en cuenta la parte (*tuiza*) de la cosecha que corresponden al San-

tón, a los chorfas, a los pobres... hay abundancia para todos y... holganza en las llanuras o en las montañas, que han vuelto a estar calvas y ahora son abrasadas por un sol africano...

Declina el día: volvemos pensando en los indígenas que también viven en sus tradiciones, odios y venganzas; pensando que, hasta ahora, algo les cambiaron, exteriormente, usos y costumbres modernas, pero sus almas seguirán sin variar antes de trasponer la línea de la vida porque el peso de la tradición y de la raza es aun demasiado fuerte en los adultos... Y pensábamos en estas tierras que para España solo fueron tierras calvas en que sufrió un martirio, hasta que, purificadas por la sangre y el esfuerzo, parecen prometer cosecha de reposo y prosperidad... Y de lo lejos, de los campos en que aun se mecen las hermosas espigas, nos llega el cantar de unos niños, canción plena de añoranzas y ternuras: es un canto sencillo, primitivo del alma del país que, en el atardecer luminoso, sube a los cielos inmensos en estos trinos de los niños, de esos pequeños que debemos y podemos enseñar en la alegría y en la paz.

JOSÉ GONZÁLEZ BURSET REVILLA,
Profesor Mercantil,
Vicepresidente de la Excursionista Melillense.



Sangrador moro disponiéndose a extraer a un indígena la podre
de unos bultos, con un tubo de hojalata, sorbiendo con la boca

(Fot. Paniagua)



Exterior de la Mezquita de Rabat, en el Kerker

(Fot. Paniagua)

Los bienes religiosos en el Rif

(Datos expuestos en forma oral por el Nadir de bienes *habus*
Si Abd El Krim Xauni) (1)

EN la parte oriental del territorio marroquí sometido a la protección de España, hay muchos santuarios. No todos se admiten por los mulsumanes instruidos, sino solamente aquellos que tienen consagrados en las historias los hechos de sus fundadores, y en las mismas está probada la fe de tales santos, su fama de virtud, su amor a la justicia, su sabiduría y su constancia en difundir la paz entre los pueblos.

El mayor número de santuarios famosos que aquí existen, se consagraron a musulmanes de Marruecos, pero hay algunos fundados por moros andaluces que vinieron al Rif cuando se perdió Granada, como los de Sidi Mesaud, en Beni Bu Gafar, y Sidi El Hach Has-sun, en Bocoia. Donde fué enterrado uno de estos hombres elegidos que gozaron del favor de Dios, la *yemaa* de la kábila construyó un santuario. Cada *yemaa* tiene su mezquita, aunque no todas guardan el sepulcro de uno de esos santos universalmente reconocidos en el Islam. Desde remotos tiempos muchos creyentes dejaban mandas para sostener las mezquitas, y así, cuanto mayor era la fama de un santuario, mas grandes fueron sus bienes y mas crecidas sus rentas. Cada mezquita tiene su *mokadden* o administrador, y uno o dos al-

(1) Este apunte sólo es una modesta referencia de breve conversacion informativa.

No es demasiado fácil penetrar en su verdadero vivir, en su sentir, en su organización. De lo que cualquiera puede ver, en esta convivencia relativa de la ciudad y del campo, se notan enseguida los contrastes de sus organizaciones y sensaciones, primitivas si se quiere, pero que, mas o menos amortiguadas y disimuladas, también existen en pueblos de civilizaciones ultramodernas.

Es fácil observar un orgulloso y poderoso jefe en contraste con un mísero vasallo; campos que están sembrados de piedras innúmeras y poblados terrosos disfrazados en las cortadas; huertos brillantes de verdor y el blanquísimo morabo; el amo y señor que descansa frente a interminables filas de mujeres, prematuramente aventajadas, acarreando agua y pesadas cargas, o ayudando la cansina labor de miserables yuntas de vacas huesudas y burros sarnosos.

—

Fanatismos, leyendas de sabor universal, historias de esplendores que fueron, ¿cuál es vuestro origen? Mercados de multitud abigarrada, titiriteros, remendones, ciegos, tullidos, lañadores... si os pudiera vestir de varios modos, seriais los mismos andrajos de todos los climas.

—

Las tierras calvas han sido someramente arañadas con un arado de madera, cuya rama larga es llamada *meheratz* y armado de una uña de hierro denominada *ska*; no profundizó la labor mas de cinco centímetros, y luego, con un gesto amplio, arroja el indigena el grano para que caiga por toda la tierra trabajada...

Ya se purifica el indigena con el ayuno absoluto (Ramadan) durante las horas diurnas del tiempo que abarca una luna completa...

Terminó el ayuno y las promesas de los sembrados son casi realidades...

Se ha hecho la recolección y se ha tenido en cuenta la parte (*tuiza*) de la cosecha que corresponden al San-

tón, a los chorfas, a los pobres... hay abundancia para todos y... holganza en las llanuras o en las montañas, que han vuelto a estar calvas y ahora son abrasadas por un sol africano...

Declina el día: volvemos pensando en los indígenas que también viven en sus tradiciones, odios y venganzas; pensando que, hasta ahora, algo les cambiaron, exteriormente, usos y costumbres modernas, pero sus almas seguirán sin variar antes de trasponer la línea de la vida porque el peso de la tradición y de la raza es aun demasiado fuerte en los adultos... Y pensábamos en estas tierras que para España solo fueron tierras calvas en que sufrió un martirio, hasta que, purificadas por la sangre y el esfuerzo, parecen prometer cosecha de reposo y prosperidad... Y de lo lejos, de los campos en que aun se mecen las hermosas espigas, nos llega el cantar de unos niños, canción plena de añoranzas y ternuras: es un canto sencillo, primitivo del alma del país que, en el atardecer luminoso, sube a los cielos inmensos en estos trinos de los niños, de esos pequeños que debemos y podemos enseñar en la alegría y en la paz.

JOSÉ GONZÁLEZ BURSET REVILLA,

Profesor Mercantil,

Vicepresidente de la Excursionista Melillense.



Sangrador moro disponiéndose a extraer a un indígena la podre
de unos bultos, con un tubo de hojalata, sorbiendo con la boca

(Fot. Paniagua)



Exterior de la Mezquita de Rabat, en el Kerker

(Fot. Paniagua)

Los bienes religiosos en el Rif

(Datos expuestos en forma oral por el Nadir de bienes *habus*
Si Abd El Krim Xauni) (1)



EN la parte oriental del territorio marroquí sometido a la protección de España, hay muchos santuarios. No todos se admiten por los musulmanes instruidos, sino solamente aquellos que tienen consagrados en las historias los hechos de sus fundadores, y en las mismas está probada la fe de tales santos, su fama de virtud, su amor a la justicia, su sabiduría y su constancia en difundir la paz entre los pueblos.

El mayor número de santuarios famosos que aquí existen, se consagraron a musulmanes de Marruecos, pero hay algunos fundados por moros andaluces que vinieron al Rif cuando se perdió Granada, como los de Sidi Mesaud, en Beni Bu Gafar, y Sidi El Hach Hassan, en Bocoia. Donde fué enterrado uno de estos hombres elegidos que gozaron del favor de Dios, la *yemaa* de la kábila construyó un santuario. Cada *yemaa* tiene su mezquita, aunque no todas guardan el sepulcro de uno de esos santos universalmente reconocidos en el Islam. Desde remotos tiempos muchos creyentes dejaban mandas para sostener las mezquitas, y así, cuanto mayor era la fama de un santuario, mas grandes fueron sus bienes y mas crecidas sus rentas. Cada mezquita tiene su *mokadden* o administrador, y uno o dos al-

(1) Este apunte sólo es una modesta referencia de breve conversación informativa.

faquies encargados de las preces y de la enseñanza. Los santuarios necesitan ser atendidos y ocasionan gasto. Precisa en ellos, por lo menos, luz encendida, esteras para sentarse los fieles y todo lo necesario para las abluciones. Muchos de estos lugares tienen un pozo del que se surte la yemaa, y hacen falta cuerdas y vasijas para extraer y trasportar el agua. Los edificios requieren compostura de paredes, techumbres, ventanas, puertas, suelo de las habitaciones y patios. Todos los estudiantes que allí se instruyen viven en cuartos cuyas luces son costeadas por la mezquita. Alguna vez, por excepción, el alfaquí ofrece una comida extraordinaria a sus alumnos, y el coste de los borregos, cabras y otros animales, con todo lo necesario para el guiso, costéase con lo que los bienes de la mezquita producen. Antes, el gasto principal que con dichas rentas se pagaba en algunas, era el mantenimiento de los alfaquies.

La yemaa puede tomar cuentas al mokadden de la mezquita; si sobra, después de satisfacer las atenciones necesarias, el sobrante se emplea muchas veces en la compra de nuevos terrenos para enriquecer el santuario. También suelen darse préstamos de esos productos a particulares, y ha ocurrido adelantar con las indicadas rentas el coste de bastimentos para intervenir en las luchas entre kábilas. No pueden enajenarse los bienes religiosos, pero se admite la permuta, siempre que lo recibido en tierras o en dinero exceda con bastante a lo que haya de entregar la mezquita. Para ella es este un régimen de favor establecido por la piedad y la costumbre.

Como en el Rif apenas hay documentos y son escasos los moros que saben de escritura, ni con facilidad se encuentra un *taleb* o un *adel* para extender alguna disposición testamentaria, cuando un moro iba a morir y quería dejar todos o parte de sus bienes a determinada mezquita o santuario, se reunían doce testigos de la yemaa, exponía ante ellos su voluntad el testador, y la misma yemaa se encargaba de que lo dispuesto se cumpliera. Después, el Nadir tomaba razón de ese legado en su libro, donde describía las fincas, y así quedaron muchas propiedades amortizadas. Es este un pro-

cedimiento sencillo, obligado por la incultura y pobreza del país, distinto del seguido en otras provincias del Mogreb, donde es más fácil encontrar musulmanes letrados.

En otro tiempo los moros piadosos del Rif dejaban una porción de huerta, de tierra de sembradura, de casa o de posada, al morabo de sus devociones. Solo en Metalza, Ulad Setut y Beni Bu Yahí, las kábilas nómadas, no hay bienes de esta clase; pero en el resto de las kábilas hay muchas propiedades religiosas generalmente conocidas con el nombre de bienes *habus*. Hoy, por una idea falsa y generalizada, no se dejan mandas piadosas con destino a los santuarios, pero hasta fecha reciente fué una costumbre muy seguida.

Son muchos los bienes de esta clase en la Zona oriental de Marruecos protegida por España. Descubrir la riqueza perdida reintegrándola a cada santuario, es uno de los cuidados preferentes. Esa obra ha sido ya empezada, y, con el favor de Dios, es de esperar que llegue a término completo y satisfactorio.

FRANCISCO SERRANO RUIZ,
Agricultor Comerciante y Vocal de la
Excursionista Melillense.

Melilla Noviembre 1927.



Morabo de Sidi Bagdad, con los exvotos dejados por los creyentes
en aquellas inmediaciones

(Fot. Paniagua)



Poblado moro de Ayelman, en Tres Forcas

Fot. Paniagua)

Breve apunte sobre el traje del rifeño



Los moros del Rif ofrecen ahora una variedad de indumento en la que se mezclan los componentes puramente regionales con los importados de otras comarcas. Desde que, hace un siglo, el comercio de Europa introdujo sus manufacturas en Marruecos, el traje del rifeño pierde su sencillez primitiva. Una de las prendas más antiguas era la *yubba*, chilaba sin capucha ni mangas, o con manga corta. Los moros que vinieron de la Península Ibérica trajeron la chilaba con capucha y manga larga, reforma exigida por el clima de España, en general mas frío que el de Marruecos.

El rifeño vestía, primero, el pantalón hasta la rodilla o mas corto, ancho, con jareta y sujeto a la cintura; sobre él la camisa, con mucho vuelo, abierta por un hombro; en la abertura unos cuantos botones esféricos sujetos a lazada con cordoncillo, y las mangas perdidas; poníase, después, un cinturón de cuero o una faja de tela, y, encima de todo, la chilaba. Nada en la cabeza ni en los pies; en éstos, cuando más, un trozo de suela con correas, o las abarcas de esparto (*zisira*) para los montañeses. Las babuchas han sido, hasta fecha reciente, algo revelador de posición y riqueza. El turbante, distintivo del musulmán, es producto de la arabización del país, y tampoco era usado por las gentes del interior, donde la tradición bereber se conservaba intacta.

El color de las ropas era blanco, menos la chilaba que es parduzca o de rayas blancas y negras. Todo se hacía en el telar rústico de las familias, con lana de sus

ovejas o con hilo de sus campos. En medio de esta sencillez, había distinciones, que hoy se notan, entre las diferentes kábilas del llano y de la montaña. Numerosas veces ese traje de tan exiguas prendas, se ha visto en los combatientes que caían en poder de nuestro Ejército, y en los muertos sobre el campo de la lucha. Cuando las comunicaciones eran difíciles y la rebeldía y aspereza del Rif, durante siglos, lo mantuvo aislado aun de los otros países musulmanes, ni el sombrero de palma, ni el caftan, ni el albornoz, ni los chalecos bordados, ni las fajas de seda, fueron de uso entre los moros del Rif, como no fuesen hombres desarraigados por la emigración, o negociantes viajeros de la costa.

Gibraltar ha tenido enorme influencia en los indumentos rifeños. Por la vertiente marroquí del Atlántico, los holandeses y portugueses introdujeron en el Mogreb sus manufacturas; pero en la costa Norte, Gibraltar irradió su influjo sobre Yebala, y llevó hasta el Rif el comercio de sus tejidos, sirviéndose de los hebreos como intermediarios insustituibles, que atravesaban las kábilas, vivían con el moro y, sobre todo, hablaban la lengua del país y sus formas dialectales. En los zocos nunca faltan las tiendas ambulantes de judíos con productos ingleses.

Así mismo, de Tánger venían también, aunque en menor escala, telas de Inglaterra; pero en Gibraltar se hallaban las grandes factorías de mercaderes británicos que desarrollaban la propaganda en Marruecos. Los veleros rifeños llegaban a Gibraltar y cargaban los lienzos de fabricación inglesa. De este modo aparecieron en el Rif los tejidos de rabiosos colorines, o con flores y listas pintadas sobre fondo blanco, sin relación alguna con el estilo árabe, ni con los trazos bereberes, restos quizá de un antiguo dibujo infantil y primitivo.

En los últimos veinte años, la presión de los extranjeros, la facilidad de comunicaciones con las colonias francesas, el activo comercio de nuestras Plazas de Soberanía en el Norte Marroquí, aun la guerra misma, que puso en contacto al genio español con la fiereza y hosquedad del rifeño, han operado una transformación hondísima, con la sorda protesta de algunos ancianos

en las kábilas contra los usos y productos infiltrados de Europa.

Desde 1909 hasta ahora, y, sobre todo, desde que se ha sometido la zona entera de Protectorado Español, no puede ser mas rápida la transformación del vestido rifeño. El paño tosco de la chilaba parda se ha cambiado por las estameñas grises, café, azules oscuras y a veces, de colores mas claros; el clásico turbante de pelo de camello por el de lienzo blanco en torno a la chichia roja de Fez con borla de seda oscura, y la tela gruesa de la ropa interior por las de hilo finísimo. Son de uso frecuente los calcetines con ligas modernas al descubierto, bajo la corva en la pantorrilla desnuda, con lo que estos moros parecen enormes bebés de alguna vistosa mascarada. En las gentes pobres, las alpargatas y los borceguíes con suela de cáñamo destierran la babucha amarilla; también las botas blancas de estezado adquieren una aceptación enorme. Hay mas dinero—el buen dinero español de la post guerra—, y a su influjo, los rifeños acomodados pulen su rudeza pasada, se envuelven con vestiduras costosas, e imitan a los musulmanes próceres de las grandes ciudades del Imperio.

La mejor prueba de no encontrar mucha oposición, nuestro modo de vestir, se halla en las clases adineradas y en los moros que usan trajes, gabanes y sombreros a la europea, en Melilla y en sus viajes a España; no es raro encontrarlos en Madrid sin que nada en sus ropas denuncie su condición de musulmanes. Así mismo, es frecuente ver en los trabajadores rifeños la caprichosa combinación de chaqueta española y calzón moruno, y asomar bajo la chilaba las bocamangas de los pantalones largos y azules que usan nuestros obreros. Todo ello son indicios anunciadores de la transformación que se realiza, con mas o menos lentitud, y revelan que en las ideas vulgares relativas a la inadaptación del rifeño para ciertas mudanzas de costumbres, hay que hacer algunas salvedades y rectificaciones.

ANTONIO MARTÍN OLIVER
*Fotógrafo y Vicesecretario de la
 Excursionista Melillense.*

Melilla y Noviembre 1927.



Elaboración de manteca en una casa mora

(Fot. Cano)



Excursionistas en los pinares de Taurit (Kábila de Beni Sicar)

(Fot. Cano)

Costumbre marinera rifeña



AY entre las gentes del Rif pescadores hábiles que navegan con sus cárabos a lo largo de la costa. Las noches claras de verano solían, a veces, pasarlas en la mar, pero nunca se alejaban de tierra mas de veinte millas. Algunos de estos moros hacían gala de su valor tirándose al agua desde sus botes con la gumía en la mano para matar así los marrajos, tiburones del Mediterráneo, que suelen verse en Tres Forcas.

El rifeño de la costa se reúne en sociedades pesqueras al mando de un *arraiz* o jefe, y, conforme a usos antiguos, repártense las utilidades de su industria. Las prácticas de estos pescadores, conservadas de unos en otros, son por extremo curiosas.

Hay una costumbre marinera, extendida por todo el Norte de Marruecos, según la cual, así que los bereberes navegantes vense alcanzados por la tempestad, y el fragor de los mares y la furia del viento, hacen temer el naufragio, reúnen unas monedas u objeto de algún valor entre las personas de a bordo, lo envuelven en un pañuelo formando un atadizo, y lo tiran al mar, con lo que se figuran conseguir la protección de Sidi Abd El Kader Yilali, para mitigar el horror de la tormenta y salvar la vida.

Acaso no es todo esto sino una transformación del antiguo mito que hacia, en los pueblos antiguos, tirar ricas preseas al fondo de los mares para calmar la furia de las divinidades marinas. La vieja leyenda del anillo de Policrates y, en época menos remota, la ceremonia de arrojar el anillo a las aguas el Dux de Vene-

cia, en simbólicas nupcias con la mar, quizá es algo que tiene relación con dicha costumbre marinera de los bereberes, conservada con ese amor que guardan para los recuerdos antiguos, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos.

EDUARDO CORTÉS LÓPEZ,
*Capitán de la Marina Mercante
y Práctico del Puerto de Melilla.*

Melilla Diciembre 1927.



Dunas de Tres Forcas (Kábila de Beni Sicar)

(Fot. Paniagua)



El Kert. Al fondo Los Tumiats. (Kábila de Beni Bu Gafar)

(Fot. Paniagua)

La canción rifeña



SIEMPRE que se habla de los moradores del Rif, lo que menos se ocurre es la existencia entre ellos de una Poesía transmitida oralmente, donde, mas que la nota épica, resalta un lirismo rústico y sentimental. No son estos moros recitadores, sino músicos, y cantan sus versos acompañándose de una flauta, o al són de las palmadas y golpes de panderos con que llevan el compás los circunstantes.

Cuando a un moro del país se le pregunta si son muchas las canciones de su tierra, contesta con exagerados movimientos para indicar que su número es infinito. Hay canciones breves, canciones largas donde se hilvanan sucesos y sentimientos sin aparente relación ni engarce, canciones guardadas por la tradición desde siglos, canciones nuevas de hechos recientes, canciones lascivas y canciones de honda ternura. Suele ser frecuente mezclar en el verso palabras sin sentido, colocadas allí por exigencias de la música o de la métrica, pero cuyo significado los mismos moros no entienden.

Aún no ha dado la EXCURSIONISTA con uno de esos poetas al natural que aquí, sin duda, existen; mas parece que son numerosos, y no se les concede importancia. Si la canción logra partido, queda en el recuerdo de las gentes, pero nadie pregunta por el autor de la obra artística, y su nombre permanece ignorado.

Cualquiera de esas canciones puede servir de muestra. He aquí una tomada al azar.

¿Main iuggin Moh?
 Hacha itari ittár
 j' issis n' aammis,
 ur dháisent içemmer.
 ¡Zittáuin erbác!
 ¡Ajharif n' essúccuar!

Con una traducción un poco libre, el significado de estas palabras es así: «¿Qué sucede a Mohamed? Nada mas sube y baja por sus primas, y no puede con ellas. ¡Ojos de halcón! ¡Terrón de azúcar!» La frase *issis n' aammis* (hijas de su tío), se emplea en un sentido figurado, y, mas que al parentesco, se refiere a las mozas del lugar donde vive Mohamed, a las hembras de su clase, de las que, sin duda, sufre desdenes invencibles. Los dos últimos versos, con una concisión extraordinaria, expresan los sentimientos del galán: *ojos de halcón*, vista perspicaz, mirada siempre vigilante para descubrir la presa; *terrón de azúcar*, recuerdo dulce de mujer, diluido en todos los pensamientos de Moh, regalo de su vida y acicate de su deseo.

Descúbrese en tales canciones un cierto ritmo, basado quizás en la cuantía de las sílabas, mejor que en el número de éstas. De igual modo se advierte en muchas de las trovas un dejo de asonancia, parecido al de nuestros romances castellanos. La Métrica Rifeña se halla sin estudiar todavía.

Los franceses, reunieron algunas canciones que figuran como del Rif, pero están recogidas entre los bereberes argelinos y del Sus, no entre los habitantes de la región misteriosa rifeña, donde, antes que los españoles, muy pocos viajeros penetraron, y donde el idioma ofrece modalidades profundas que lo diferencian mucho de otras lenguas hermanas.

Las gentes del Rif acostumbran a expresar sus sentimientos en canciones que, para nosotros, resultan de una monotonía abrumadora. Epitalamios, canciones para los hijos pequeños, canciones para los muchachos de las escuelas, para la victoria en los combates, para

el dolor en el infortunio. Cada suceso saliente, en las luchas de nuestro Protectorado Oriental, ha tenido una especie de romancero en el Rif, cuyas canciones no pueden fácilmente recogerse, y sería curioso tenercoleccionadas.

UN APRENDÍZ DE CHELJHA.

Diciembre 1927.



Interior de la Mezquita de Sidi Bu
Yakob (Kábila de Tensaman)
(Fot. Paniagua)



Primera misa que se ha celebrado en Takigriat, sobre la cumbre más
alta del Gurugú. (Ofició un sacerdote excursionista)
(Fot. Cano)

CUENTO RIFEÑO

EL MENTIROSO (1)

Proverbio. No se puede formar juicio exacto, ni por las palabras que se oyen ni por los hechos que se ven.



ORRÍA el año doscientos... de la hégira. El Rif, atravesaba una época feliz; los zokos, enjambres de seres humanos, estaban concurridísimos, las ventas se llevaban a cabo sin discusiones; el que regresaba a su casa, con el ganado y artículos adquiridos o con la cartera repleta de buenas monedas, producto de la venta, marchaba sin riesgo de ser robado; la cosecha era recogida por quien la sembraba; los hombres se dedicaban al cultivo de sus pequeñas, pero productoras huertas; las mujeres, con sus trajes policromados, en los que predominaba el amarillo y el rojo, se lanzaban al monte en busca de agua y leña necesarias para la casa, sin temor alguno, constituyendo al esparcirse por el campo, las más bellas florecillas; las deudas de sangre, no se conocían, y el kaid y el kadi, que, a modo de nuestras autoridades gubernativas y judiciales, actuaban en las kábilas juntamente con la yemaa (que representa el pueblo), no tenían que resolver ningún asunto grave, ya que el Rif atravesaba una era de paz completa.

(1) Esta narración suele oírse entre los rifeños, de los cuales ha sido directamente recogida.

En uno de los hermosos valles de la kábila de Temsaman, se halla situado en el poblado de Asru-Achemral (piedra blanca), toma ese nombre porque en sus proximidades están las cuevas de las *pedras blancas*, de donde mujeres y niños extraen tierra para el repello de las casas, dándoles aspecto de limpieza; gratis es la extracción, pero las cuevas con sus hundimientos, bastantes frecuentes, se cobran en vidas las detenciones de que son objeto. En dicho poblado habitaba Ahmed; su casa se destaca de las demás por estar rodeada de gran número de árboles frutales y grupos de chumberas que al entrelazar sus palas, al par que facilitan al dueño su fruto, constituyen un espeso celaje, que guarda de las vistas indiscretas el más rico tesoro que en la casa tiene Ahmed; Fátima y Arkia, eran, las dos bellas haciendas, ambas jóvenes, de ojos de fuego y pecho exuberante, hubiesen colmado la dicha completa de Ahmed, si éste no hubiese mostrado una atención especial hacia Fátima; las telas más bonitas, los collares más llamativos, noches de alegría de disfrute constante, eran para Fátima; en cambio, las que con arreglo a la Ley del profeta le correspondía pasar al lado de Arkia, eran de tristeza. Arkia, devorada por los celos, se consumía lentamente; era el único ser que en aquel poblado, no disfrutaba de la felicidad.

Ahmed, quiere librar a sus mujeres de alguno de los trabajos rudos, peculiares de la casa, y como la marcha próspera de sus negocios, le permite tener un esclavo, se decide a adquirirlo. Una mañana arregla su mulo y sin preocuparse del fusil, que cubierto de polvo y oxidado tiene abandonado en un rincón de su casa, marcha a comprar un esclavo. En cuatro días de jornada, atraviesa la kábila de Beni Urriaguel y los montes de Targuist y Zarkat, que coronados de gigantescos cedros, perfuman el ambiente; desciende al Uarga y llega a Fez, ciudad de los sultanes. Adquiere noticias sobre compra de los esclavos y marcha a dormir al fondak (posada). Al día siguiente, después de hacer las abluciones y rezos, se encamina al zoko de venta de esclavos; ante sus ojos pasan los mercaderes ofreciendo sus mercancías; jóvenes negras, cuyas carnes mal

cubiertas con trozos de telas, atraen la vista del comprador; hombres famélicos, otros robustos, son ofrecidos a más o menos precio; la calidad se observa mirando la boca y músculos del esclavo. En un rincón del zoko, un mercader vende un negro, y mucha prisa debía tener en deshacerse de él, cuando bociferando ofrecía su mercancía a bajo precio ¿Qué mal podía padecer, cuando su boca y constitución eran buenas, haciéndole apto para el trabajo?; otro mercader puso en antecedentes a Ahmed, denunciando, que aquel esclavo lo vendían barato, porque era un *mentiroso*, un propagador de noticias falsas, que promovía disturbios y la guerra donde estaba. Ahmed rechazó la primera demanda de compra que le hicieron, pero después la aceptó, cuando el mercader le convenció de que una vez conocido el defecto del esclavo, no había que temer de él. Pagó unas cuantas monedas y se llevó al esclavo, sin que éste le dedicara la más pequeña mirada.

Amo y esclavo emprendieron el regreso a la kábila; el esclavo, siempre sumiso, con grandes muestras de consideración, caminaba al lado de su amo, cuidando que en los pasos difíciles, el mulo sobre el que cabalgaba su dueño, no cayese. El amo prohibió al esclavo que en todo el viaje hablase con persona alguna; tenía miedo que por ser un *mentiroso*, le buscara algún disgusto. Por esta causa, al llegar a cualquier fondak en el que tenían que pernoctar, llamaba al dueño y le hacía presente, que aquel esclavo era un *mentiroso*, un lioso a quien nadie debía prestar atención.

Sin ningún contratiempo, llegaron a la casa, saliendo a recibirles las bellas Fátima y Arkia. Deshechos los innumerables paquetes que encerraban los presentes, fueron los más llamativos, los más delicados, para Fátima; Arkia, como siempre, quedó en segundo lugar.

Ahmed, reunió a toda la familia y allegados y les dijo:

Aquí traigo un esclavo fuerte, bueno para el trabajo como podeis ver, pero así como su cuerpo es perfecto, su alma e inteligencias son malas, su oficio es solo la *mentira* y la cizaña; le he comprado barato por el defecto que tiene, pero al conocerlo ya no nos podrá engañar; no creed las noticias que os comunique, empleadlo

siempre para el trabajo y nunca para dar recados.

El esclavo no osó levantar la cabeza ni pronunciar palabra, pues su espíritu maligno, había observado la diferencia que en el trato guardaba su amo a Fátima con relación a Arkia.

Pasaron los primeros días, el esclavo duro para el trabajo, se mostraba incansable, y como queriendo demostrar que no era lo que su amo dijo, a nadie dirigía la palabra; un saludo doblando todo el cuerpo, llevándose la mano a su pecho, era lo único que dedicaba a los dueños de la casa, parecía que todo su amor lo cifraba, en traer la leña, el agua y cuidar el ganado, del amo, en particular el caballo, que jamás se vió tan bien atendido...

Mientras tanto, los disgustos de Ahmed con Arkia, eran cada vez mayores, al extremo de que tuvo que intervenir la madre de Ahmed y le aconsejó que ya que no podía querer a las dos iguales, al menos las guardase las mismas preferencias, y como astuta que era, le propuso que adquiriera dos anillos de oro, que regalaría uno a cada mujer, y que un día ella le preguntaría: ¿A quién quieres más?, y al contestar que a la que tiene el anillo, se quedarían conformes, engañándose la una a la otra. Así lo hizo nuestro buen Ahmed, y dos anillos de oro fueron comprados al hebreo, que desde largo tiempo, vivía con ellos en el poblado, no obstante la diferencia de religión y de costumbre. Aquella noche, Admed se mostró expresivo con Arkia, y después de recriminarla por sus celos, le regaló el anillo, pero a condición de que jamás lo luciese ni se lo contase a Fátima; a la noche siguiente, cumplió en igual forma con Fátima, dándole otro anillo y haciéndole iguales consideraciones; las dos mujeres parecían contentas. A los pocos días, vino la madre de Ahmed, comieron todos juntos y al tomar el té, la madre preguntó a Ahmed:

—Dime, hijo, cual de las dos es tu preferida.

—Ahmed contestó:

—La que tiene el anillo.

En silencio quedáronse las dos e interiormente se sintieron halagadas por considerarse cada una de ellas la preferida sobre la otra. Pero como toda ficción tiene

su inmediato fin, pues solo la verdad perdura, Arkia, comprendió que no obstante las frases de su esposo y tener ella el anillo, las atenciones eran para Fátima, y en su alma continuó el desasosiego y la intranquilidad, siendo observado por el esclavo que en un mes que llevaba en la casa ya se había apoderado de la voluntad de todos, pues nunca quiso hablar.

Un día de zoko, Ahmed marchó al mercado; Fátima fué a la huerta, quedándose sola en casa la pobre Arkia. El esclavo, fiel a su condición de *mentiroso*, vió el momento oportuno y decidió poner en plan su proyecto, tantas veces pensado en las constantes meditaciones que se veía sometido al no poder hablar con nadie; y dirigiéndose a Arkia le dijo:

—Arkia, yo quiero hablar contigo.

—No; tu eres un *mentiroso* y tus palabras no tienen valor alguno.

—Yo lo fuí, pero ya no lo soy, veo que sufres, por que mi amo no te pone en un lugar que mereces: yo puedo decirte un medio para que seas la preferida, la primera; no harás daño alguno al ponerlo en práctica; si miento, haz que me den cien palos; lo que te propongo, es una cosa sencilla, que ni tu mismo marido se ha de enterar.

Quedó pensativa Arkia, abstraída por una lucha interior; por un lado sus deseos de ser favorecida y ver a su rival Fátima, reducida a segundo término; y por otro, el saber que el esclavo era *mentiroso*. Pudo más lo primero, y le dijo:

—¿Qué debo hacer?

—Esta noche, que es viernes, día de Pascua, cuando esté durmiendo Ahmed córtale unos pelitos que tiene en la barbilla, cerca de la garganta; los recoges, y al día siguiente los llevas al morabo; y antes de tres días, tu serás la favorecida de Ahmed.

Prometió hacerlo así Arkia, y el esclavo se marchó al huerto, y cuando vió a su amo, corrió hacia él, y en un sitio oculto, lo esperó, y saliendo a su encuentro, se arrojó al suelo y sin levantar la cabeza, exclamó:

—Sidi, Sidi (mi señor, mi señor), yo quiero hablar contigo.

—No,—le contestó—; tu eres *mentiroso*; no puedo escuchar tus palabras.

—No, mi dueño; yo me alimento de tu pan; mi vida es tuya; escúchame, oye mis palabras, pero no procedas hasta que por tus ojos veas la verdad. Mátame después si quieres, pero escúchame.

Ahmed se resistía a oírlo, pero aquellas razones le hicieron olvidar que tenía ante sí a un *mentiroso*, y escuchó que aquella noche la bella Arkia, desesperada por no ser la favorecida, le quería dar muerte con un cuchillo. Perplejo quedó Ahmed; en parte podía tener razón el esclavo. La actitud de Arkia le hacía temer de ella alguna venganza; había sorprendido algunos detalles y sabía que Arkia no estaba conforme ni perdonaba que ella no fuese la preferida.

—Vete,—le dijo Ahmed al esclavo—; si no has mentido, eres libre, pero si no sale verdad lo que me has dicho, dejarás de existir, y tu cadáver no reposará en la tierra, pues será comido por los perros.

Marchó el esclavo *mentiroso* e iba satisfecho, pues todo se deslizaba sin el más pequeño obstáculo, dirigiendo sus pasos a la yemaa de Ibeludien, en donde residían los hermanos de Arkia; los vió cerca de la Mezquita y los llamó.—¿Qué quieres de nosotros?—le contestaron;—¿nos traes alguna mentira?—No,—les dijo;—yo no quiero que obreis por las palabras que os voy a decir; yo quiero esperar a que por vuestros ojos entre en vuestra inteligencia la luz de la verdad.—Pronto consiguió el esclavo que le escucharan, que su amor al trabajo que tan hipócritamente había demostrado, había borrado en gran parte la prevención que contra él se tenía, y les dijo:—Ahmed, está cansado de Arkia; tienen muchos disgustos. Pues bien, dentro de dos o tres días Ahmed le va a dar muerte, y para librarse de vuestra venganza, va a decir que ella le había querido matar.

Tristes quedaron los hermanos, ya que algo de verdad había en las palabras del esclavo. Ellos sabían que su hermana Alkia no ocupaba en la casa el puesto ni le guardaban las consideraciones que debían; más de una vez, los hermanos habían cambiado palabras sobre

este asunto, pero eran todos tan felices en aquella época, que no le dieron importancia; se despidió el esclavo y marchó a la casa; todos iban siendo engañados, y los sudores de un mes de trabajo, sin hablar con nadie, habían bastado para que en el presente oyesen sus mentiras, sin pensar sobre ellas.

Llegó la noche, cenó Ahmed con sus dos mujeres, y como día de zoko, la comida fué más espléndida que de ordinario. Arkia se mostró más obsequiosa, más atenta con su marido; pensaba la buena de Arkia, que dentro de muy poco, mediante una cosa sencilla, cual era cortar unos pelitos de la barba a Ahmed, ella sería la preferida, y casi llegó a mirar ya con lástima a su rival Fátima. La alegría de Arkia, era observada por su esposo Ahmed, que se daba cuenta de que algo extraordinario ocurría. Terminó la cena, y como aquella noche por imperioso mandato de la religión, le obligaba a pernoctar en el cuarto de Arkia, marchó con ella, y pretextando el cansancio del viaje al zoko, fingió el sueño. Arkia a su lado hacía lo mismo, y bien pronto tomó como sueño real el de Ahmed; éste con su sueño disimulado, pudo notar primero y ver después, cómo Arkia se levantaba, cogía la afilada gumiá que pendía de un clavo, y despacio, sin hacer ruido, se dirigía hacia él; una sonrisa se dibujaba en los labios de Arkia, pues pensaba que pronto iba a ser feliz, sonrisa que al ser observada por Ahmed, le hizo creer, que era de satisfacción por la próxima venganza; y la vió aproximarse hacia el lecho y cómo con gran cuidado le levantaba la barba y le aproximaba el cuchillo al cuello; y ya no esperó más Ahmed; rápido se apoderó del cuchillo y lleno de coraje lo clavó un sinnúmero de veces en Arkia, que cayó para siempre sin prorrumpir palabra.—El esclavo no era un *mentiroso*, tenía razón;—dijo Ahmed.

Como su conciencia estaba tranquila, pues él había matado cuando iba a ser muerto, no temió dirigirse al día siguiente al poblado donde estaban los hermanos de Arkia; los reunió a todos y les dijo:—Yo os juro que las palabras que os voy a decir son verdad: vuestra hermana Arkia, quiso darme la muerte y yo la he matado.—Mentira—contestaron los hermanos.—Nosotros te-

níamos noticias de que tú la ibas a dar muerte y luego nos ibas a decir estas palabras;—y nublándose las inteligencias de ellos, cayeron sobre Ahmed que quedó muerto.

Los hermanos de Ahmed, enterados de lo que había pasado a éste con los hermanos de Arkia, cuando con nobleza les iba a comunicar la muerte de su esposa, juraron venganza y limpiando aquellos fusiles que desde hacía largo tiempo no funcionaban, se dirigieron a la casa de los hermanos de Ahmed, entablando lucha, resultando muertos por una y otra parte. Y como cada uno fué requiriendo a su familia y amigos, la contienda se generalizó, extendiéndose de una kábila a otra, y el Rif, pacífico se convirtió en una inmensa hoguera; todo por la palabra de un *mentiroso*, y por haber formado juicio fundándolo en las palabras y hechos que veía.

El diablo, premió al esclavo desdoblado su figura en un gran número de veces, y dándole diversos aspectos, lo distribuyó por el mundo para que siga mintiendo.

Dios, como es grande, convirtió aquel pueblo que se llamaba Asru Achemral en Asro Aberchan (piedra negra,) situándolo en otro lugar del Rif; y dió a todos los seres humanos, una inteligencia para que cultivándola nos sirva de guía, en nuestras relaciones mútuas y podamos luchar con el *MENTIROSO* que es la obra del diablo.

JESÚS GIMÉNEZ ORTONEDA,
Comandante de Infantería
en las Intervenciones Militares.



Camino de los cautivos, por donde fueron llevados los cañones moros en 1921 a las cumbres del Gurugú

(Fot. Cano)



Grupo de moras en el Zoko El Had de Beni Sicar

(Fot. Cano)

Resumen de Excursiones



EN el año 1925 reuniéronse en Melilla varias personas que, desde mucho antes, deseaban conocer el territorio cercano, y ellas fundaron la SOCIEDAD EXCURSIONISTA MELILLENSE. No era el propósito asomarse al campo moruno sólo para buscar la impresión de lo desconocido; precisaba recoger lo interesante en las manifestaciones de la vida del país, tanto las de ahora como las del pasado, y amontonar elementos que hicieran posible el estudio de la Etnografía y Folklore de la comarca rifeña (1).

Como unas veinte excursiones se han hecho. En la parte oriental llegaron los expedicionarios al Zoco El Had de Ferrahia en Quebdana, y al sitio denominado Salto de la Cabra, donde el Muluya corre por un surco profundo de escarpadas laderas. Por el Norte han recorrido desde el Zoco El Arbaa de Arkemán a la Península de Tres Forcas; descendiendo hasta la desembocadura del Kert. Al Oeste visitaron las estribaciones del Mauro en Dar Quebdani y las cercanías de la sierra Farja; desde la ruta de Drius torcieron por el camino de encrucijadas y torrenteras que conduce a Anual, hasta llegar, en el centro de Tamsaman, a la Zauia de Sidi Bu Yakob, y siguieron por Tafersit a la barrera montañosa donde se encuentra el paso de Tizi Asa. Por el Sur han atravesado los llanos de Metalza hasta los manantiales de Ain Zora, en los límites de la Zona Fran-

(1) Para el autor de este resumen, El Rif es la tierra situada entre el Mediterráneo y los ríos Uarga, Muluya y Uringa.

cesa. Hicieron expediciones de algunos centenares de kilómetros en un solo día, no de pasada, sino deteniéndose para conocer detalles y hablar con los moros, en busca de lo regional y característico. Recorrieron las planicies esteparias en diversas estaciones del año; escalaron las cumbres del Tidinnit, del Uixan, del Gurugú y del Kerker, y fueron por los cauces de las arroyadas para encontrar esos bellos y apacibles rincones que son como un oasis de la desolación de la llanura.

La primera sensación extraña que se recibe al salir de Melilla tierra adentro, la dá el paisaje cuando la transparencia de la atmósfera permite ver acusados los detalles en lejanía, bajo los cielos intensamente azules. Así las agujas de las cumbres, las formas rarísimas de algunos montes, las llanadas interminables, pardas o amarillas, con sus rebaños de ovejas sucias y cabras peluchonas, sus camellos inmóviles, como en éxtasis, las *jáimas* del color de tierra, los morabitos con sus paredes de resplandeciente blancura, y a lo lejos, el Mediterráneo en calma, o el lago tranquilo de Mar Chica, en la áspera belleza del conjunto despiertan la curiosidad del viajero.

Sobre elevadas alturas se contemplaron agradables perspectivas. Desde el Mirador del Gurugú, la zona costeña y toda la circunscripción de Guelaya; desde el Taryet, el abrupto paronama de Tres Forcas; desde Yebel Abbada, los llanos con Melilla al fondo, los montes de Beni Bu Ifrur, y, al lado opuesto, Ulad Setut y Quebdana; en lo alto de Tidinnit, como desde las nubes, el territorio casi entero sometido por España antes del desembarco de Alhucemas. Durante el curso de las marchas, atraía en ocasiones la insospechada belleza de algunos lugares, como la fuente de Sidi Hassen, al límite de Beni Sicar, donde las vides y zarzamoras entrelazadas forman espeso toldo; las huertas de Ras Medua y Ain Zora; la jugosa campiña de Telat en Beni Sidel; la arboleda de Sidi Embarek, y los manantiales Trara, con sus cuevas en las que brota el agua por las hendiduras de las rocas y entre las enmarañadas raíces de higuerras silvestres.

Al cruce de las sendas y caminos, halló la EXCUR-

SIONISTA los hombres y muchachos moros en sus acostumbradas faenas agrarias y en su vagar frecuente, y los vió arar con inverosímiles yuntas de vaca y burro, o en cuadrillas de gañanía con pares de mulas en la besana por tierras de Beni Saïd, bajo la inspección de un ginete con orgulloso porte, mixto de guerrero y hacendado. También las mujeres, con infinitas arrugas de una vejez anticipada, marchaban en fila por la siembra cuando la escarda, o abatidas sobre los surcos más tarde, segando la mies bajo el sol de fuego, sin quitarse ni un momento sus recios pendientes ni sus pulseras y sortijas de plata, obra de artífices judíos. En las aguas veíanse las mozas de los caseríos y aduares lavándose los pies en el arroyo, mientras se llenaban los achatados cántaros del país al chorro de la fuente.

El deseo de sorprender la vida rifeña en su desenvolvimiento normal, pudo realizarse. De esta forma se han visto las prácticas antiguas para obtener el hierro en hornillos improvisados; las minas de sal gema en la enorme gruta de Metalza, formada al azar por cada moro que allí acude y, medio desnudo, enciende su luz y ahonda y carga donde le parece; la extracción del copo en el mar, y la subasta de la pesca en montones sobre la playa; el esquileo de ovejas cortándolas el vellón con cuchillas, entre los nómadas; el telar casero y la rueca de cañas; el tejido de palma o de esparto con dibujos de colores; la molienda de cebada por mujeres, a brazo, en pequeños molinos de piedra; la cochura de los panes al aire libre, en los hornos que suele haber a la entrada de las viviendas moras; el mecanismo familiar usado para sacar manteca de la leche, en grandes ollas suspendidas, meciéndolas con vaivenes de cuna, y aún las artes que utilizan los niños para coger pájaros con palas de chumberas.

En el caserío de Telat, un viejo alfarero marroquí, cierta vez, hizo delante de los expedicionarios algunas vasijas de las que se usan entre los moros; el barro lo trabajaba en una tabla redonda que hacía girar sobre un soporte con los dedos; los nietos servíanle de aprendices, y era aquella una antigua industria, cuyo secreto guardó y transmitió la familia de unos en

otros, como un sagrado rito. En el Zoco El Had de Ferrahia, un silencioso moro decoraba las jarras, tan comunes en la región, pintando con negro de humo y almagre cenefas de una sencillez infantil; rodeábale un grupo numeroso que le admiraba como a un pintor excelso. En el Zoco de Montearrui vióse repetidas veces la práctica, un tanto repugnante, del barbero y sangrador moruno, que pincha las bubas de sus conterráneos y saca la sangre por medio de una succión hecha con la boca en un canuto de hojalata aplicado sobre la herida. De igual modo fueron vistas las faenas absurdas para curar enfermedades con aceite hirviendo, con amuletos o con palabras cabalísticas; los talleres improvisados en los zocos, de los joyeros, albarderos o zapateros judíos; y la venta por argelinos y marroquíes ambulantes, de baratijas, collares policromados, sartas de coral rosa y estampas de litografía extranjera que contienen retratos de alguna morabita veneranda, o composiciones donde lucha un caballero musulmán con ogros y vestiglos, capaces de infundir espanto en el corazón más valiente, si no por otro cosa, a lo menos por lo detestable del color y del dibujo.

Experimentaron muchos excursionistas el deseo de entrar en una de esas construcciones pobres, morunas, color de tierra, que se ven desde lejos medio ocultas por setos de espinos, y están defendidas por la costumbre, a cuyo amparo cada vivienda berberisca es un recinto impenetrable. Estas casas humildes suelen tener departamentos oscuros y aislados alrededor de un patio común, donde viven algunas familias que proceden del mismo tronco. Para cada matrimonio y sus hijos hay una habitación que hace las veces de comedor y alcoba; dentro no se encuentran sino unas mantas y esterres para dormir, zaleas para sentarse, algún que otro cacharro para guisar y comer, y en las paredes colgadas las ropas de los esposos y las armas del marido. Si la familia es pudiente, ofrece la casa rifeña cambios importantes: un castillejo aspillerado junto a la puerta principal defiende la entrada; enseguida, lo más al exterior posible, encuéntrase una estancia destinada a recibir al visitante, de modo que no puedan atisbar el interior

del domicilio sus miradas indiscretas; después hay uno o varios patios, y en ellos las habitaciones de las mujeres y de los niños, los departamentos para las industrias caseras y los que se destinan al descanso nocturno de los allegados y servidores. El ajuar lo constituyen pocos útiles de labranza, cacharros de tierra cocida o vasijas de madera, el *haití* o zócalo de seda o terciopelo colgado en las tapias del recibidor, las alfombras, pieles y mantas para dormir y los mullidos almohadones para sentarse. Desde hace pocos años van introduciéndose en muchas de estas casas los muebles de fabricación española.

Nada conmueve tanto la imaginación y el sentimiento del viajero en el Rif, como la tienda o *jáima* de musulmanes prestigiosos, que, en medio de su sencillez, recuerda el esplendor de los antiguos caudillos árabes al frente de los pueblos invasores. El departamento del jefe, aislado con mantas en el interior; la yegua favorita en lugar preferido; las alfombras de vistosos colores, que por la noche son cama nupcial y de día estrado para recibir las visitas importantes; las armas cinceladas, las ropas lujosas a la vista, las vasijas de madera y todo lo indispensable para la existencia nómada; el cortejo de las hembras y los varones sumisos como esclavos a la voz del señor, y los recentales y chivos que se introducen bajo la cobertura de la *jáima*, emplazada en un declive suave, plena de luz en la estepa verde, produjeron tal agrado y sorpresa en los excursionistas, que ninguna otra cosa la igualó después en las marchas por la zona rifeña.

Si grande fué el deseo de entrar en las casas indígenas, mayor lo ha sido por conocer los santuarios que tanto influyen sobre la vida del moro. Toda esta zona se halla cubierta de zauias, mezquitas, morabos y rudas. Cada *yemaa* o aldea en el Rif, tiene su mezquita; cada extensión de tierra separada de las otras por diferencias geográficas o de origen racial, tiene, aunque no sea más que la tumba de un santón, asociada a los amores regionales del pueblo. Las tradiciones de uno de esos muertos y sus pretendidos milagros se hallan en competencia con las de otro morabito, en olor de

santidad, que tenga su sepulcro en la fracción enemiga, y así, en las luchas de kábilas, tiene una indudable fuerza esta especie de localización del culto, un poco herética dentro de la ortodoxia musulmana, cuyo imperio, entre los berberiscos, fué siempre harto discutible.

En lo más intrincado del macizo montañoso del Kerker, hay unas cuantas viviendas ruinosas destinadas a los peregrinos que allí concurren, y, cercana, existe una construcción reducida y tosca, de baja y estrecha puerta en un arco de herradura: es la Zauia de Rabat, y dentro están los sepulcros de los fundadores Si Hamed Ben Alí y su hijo Si Tiéb. Una familia de árabes chorfa tiene por misión la guarda del santuario, y el principal de aquellos hombres, *amin* o sacerdote de la Zauia, fué quien recibió a los excursionistas que hasta aquel paraje llegaron. Era un hombre joven aún, blanquísima su tez, negro el cabello, fina y sedosa la barba, dulce y persuasiva la frase; iba destocado y descalzo, llevaba con cierta distinción los andrajos que le envolvían, y brillaba en sus ojos el fuego interno en que suelen consumirse los ascetas. Mostró la tumba de las santones donde se alzaba un túmulo pobrísimo cubierto con paños blancos, verdes y rojos; señaló, en las tapias, distintas inscripciones árabes que recordaba la muerte, y concluyó con un ruego a los expedicionarios, a fin de que le siguiesen a su vivienda para obsequiarles según la usanza moruna. Eludieron los viajeros, agradecidos, el convite, y dejaron algunas monedas en limosna. Tenía este alfaquí un poder indudable, y a su paso inclinábanse las gentes de la montaña y besaban los bordes de su vestido desflecado.

Sobre unas laderas elevadas a la izquierda del Amekrán, se alzan la mezquita y zauia de Sidi Bu Yakob. Su blanco minarete ha sido una atalaya vigilante del fanatismo rifeño en la dilatada extensión de la campiña. Aquel centro docente y religioso, a que nuestros soldados dieron el nombre de «Universidad de Tensaman», llora la ruina de sus pasados esplendores; los maestros de las ciencias islámicas son allí en menor número que antaño; las huertas de sus inmediaciones no ven, al caer el día, la turbamulta de escolares buscar

el reposo de sus tareas junto a la corriente de los regatos, mientras consumen el breve refrigerio de sabrosas frutas, ni los pensativos se acodan en el pretil de aquel amplio balcón sobre el anchísimo cauce pedregoso del Amekrán, para ver, en la otra orilla, las alturas de raras ondulaciones, y, al fondo las montañas azules del Mauro. Todo allí es ascético: el santuario, la escuela y el paisaje.

Atravesaron los excursionistas la aldea moruna de Sidi Bu Yakob, hosca y bravía; salió de una de las casas el Mokadden y les enseñó los patios de la Universidad, con las angostas celdas de los escolares, la mezquita y la tumba del Santón. Sobre una de las entradas mayores hay un arco apuntado, bordeado por un festón de ladrillo; tiene la puerta un herraje caprichoso, con clavos grandes de cabeza semiesférica. Se compone la mezquita de cuatro naves; tres hileras de columnas contiene su interior, y cada fila soporta cinco grandes arcos. En un muro, rodeada por otro arco, de estilo árabe como los anteriores, se halla la hornacina que llaman *mihrab*, y el *mimbar* o púlpito de tablas. Ni un mueble, ni un adorno en las naves desiertas donde aprenden las disciplinas coránicas los alumnos sentados en el suelo, alrededor del alfaquí. A un lado cuelga una lámpara de aceite o de petróleo, que dejó la tizne de sus humos en la blancura de las paredes cuidadosamente enjalbegadas. El artesonado, de madera labrada con ensabladuras y adornos de complicada tracería, es una obra paciente de los tiempos en que se construyó la mezquita por orden de Muley Mohamed Ben Al-lah, el Sultán Negro.

Menos importantes que las zauias son los morabos que guardan las cenizas de los santones; cubre su pequeño recinto cuadrangular una cúpula redonda, y cuatro pináculos en lo alto adornan al exterior las esquinas; próximo suele estar un cobertizo sin puerta, con yacijas de paja, y allí los penitentes, absortos en el rezo demacrados por el ayuno, en el silencio y la oscuridad de la noche, esperan temblorosos el milagro. A cada uno de estos lugares se le achacan diferentes virtudes miríficas; al decir de las gentes, unos llevan la salud a

los enfermos, otros curan la esterilidad, otros auyentan para siempre la discordia en los matrimonios desavenidos y muchos convierten en espléndidas realidades el sueño de las embarazadas que quieren dar hijos varones a sus esposos. Están los morabos, por lo común, en lugares bellamente elegidos: la proximidad de una fuente, la suave ladera cultivada, la cumbre de un monte o el interior de una arboleda. Así se han visto, entre muchos otros, los santuarios de Sidi Bagdad y Sidi el Hach Said, en Beni Sicar; Sidi Mesaud, en Beni Bu Garfar, y Lal-la Sebaatu Riyal, en Beni Sidel, dedicado a una mora que falleció en opinión de santa. Los caminos, los pasos del bosque y las cimas de elevadas montañas tienen *rudas* formadas por unas piedras o por unas ramas en círculo, y son lugares de oración, evocadores de algún piadoso recuerdo, a la manera de los humilladeros en los campos de la vieja España. Morabos y rudas, en sus inmediaciones tienen vasijas, paños y menudencias que respeta el viajero, por ser exvotos que allí dejaron los creyentes.

Al llegar a las diversas kábilas, aún se ha visto el poder de los *chiuj* que, en los tiempos anteriores al Protectorado español, ejercían un derecho de señorío sobre las gentes de su territorio. No pasaron los excursionistas junto a la casa de uno de estos hombres, sin que fuesen extraordinariamente agasajados. Cuando no la comida moruna, era indispensable consumir el te con manteca y tortas de aceite, medio tendidos en la muelle alfombra, rociados por los esencieros de plata con agua de azahar, entre la densa atmósfera de pebeteros humeantes. Al llegar a una de esas viviendas, solía acudir una nube de chiquillos moros que otro mayor sujetaba a los golpes de un rebenque; una porción de servidores estaban solícitos al mandato del señor; huían las mujeres no muy lejos para observar desde sus escondites, y recorrían los expedicionarios la mayor parte de las habitaciones. La nueva casa del Kaid, en Beni Sidel, produjo indescriptible asombro. Sitúase en una ladera escalonada por donde surgen numerosos manantiales que riegan el jardín. Desde el cenador, formado con cañas, entre macizos de alelies y geráneos, cubierto de

moradas campanillas, se contempló la hermosura del valle, donde el verde oscuro de los olivos resaltaba sobre el color esmeralda de los sembrados. Arriba, en otro escalón del monte, ofrecía la huerta sus granados en flor, las naranjas doradas que desgajaban los árboles con su peso, las habas gigantes plétóricas de fruto, y el agua por doquiera en las pequeñas grutas naturales, en regueros clarísimos y en saltos cantarines. Aquel retiro delicioso despertaba el recuerdo de muchos lugares análogos vistos en España; y así tenía que ser, porque todo fué obra de uno de nuestros soldados, que para el jefe de la kábila hizo la casa y plantó la huerta con las flores. No lejos habitaba este vagabundo español, casado allí con una mora y constituido en familia, como si aquella tierra fuera la suya y entre musulmanes hubiese nacido.

El funcionamiento de los Tribunales marroquíes, según las prescripciones coránicas, y los usos de la región, tan queridos del pueblo, han sido vistos en los zokos. Se presenciaron los hechos de imponer el Kaid las correcciones de plano, y tramitar el Kadi los litigios con dos *adol* o notarios moros sentados en la alfombra. Pasaban los testigos con rapidez, escribía un viejo *adel* sobre un manoseado libro, afianzándose a ratos en las orejas sus gafas de grandes cristales redondos, y miraba escrutador el Kadi, mesándose las plateadas hebras de sus barbas. Allí cerca hallábase el paraje que antaño servía para las ejecuciones en los delitos, cuando cogido en el acto el criminal y condenado a muerte, según la antigua costumbre, por los ancianos de la aljama, disparaban contra él los hombres del zoko sus fusiles, o lo mataban a pedradas, para dejar cumplida la sentencia. Lo que encierra de característico el mercado moruno se ha visto en unos cuantos zokos de la región: el matadero al aire libre con sus charcales inmundos de sangre y despojos, la compra de reses y gallinas, las infinitas menudencias misérrimas a que dá valor esta gente, desde el puesto de botellas vacias al de viejas ropas usadas; la tienda del cafetero indígena, con sus mugrientos cacharros y sus zaleas y montones de paja para sentarse; los puestos de carbón, de frutas, de ramas

de sabina para los techos, las esteras de esparto, las hornillas, cazuelas y barreños del país, los útiles primitivos de labrar la tierra, los rimeros de sal gema y pan de cebada, los enfermos de cáncer desfigurados, y la multitud de hombres, mujeres y chiquillos astrosos que allí vagan a la husma de un cantero de pan, rebuscando en las estercoladuras de las bestias los granos de cebada, todo ha sido visto con empeño, así lo admirable por su sencillez en la vida del moro, desenvuelta en directo contacto con la naturaleza bravía, como los signos exteriores, a veces nauseabundos, que denuncian el hambre secular de la raza.

Las diversiones del pueblo, juntas a ratos con la idea religiosa, fueron asimismo observadas. Viéronse en los zokos recitadores y acróbatas, juglares chabacanos que venden amuletos y lucen donaires de montaraz crudeza, mientras el pandero sin rodajas y la flauta de caña—genuinos instrumentos musicales de la región—, aturden con su estrépito monótono. En las fiestas, alguna vez, sorprendió a los expedicionarios la cuadrilla de gitanos moros, bailarines y músicos, donde al són bullicioso y discordante de los panderos y la gáita bicorne, un zagalón delgado y larguirucho se agitaba en los temblores de un fatigoso baile, y retorcia sus piernas y brazos para concluir arrodillado, y tender delante de alguno el pandero renegrido en súplica de unas cuantas monedas. En las bodas oyéronse los improvisados cantares dirigidos al novio, y las alabanzas dichas a la novia por las mujeres en el centro de un corro formado por los hombres que disparaban sus fusiles contra la tierra, signo de una alegría bárbara, en la embriaguez de la fiesta nupcial. Y muchas veces se oían junto a los poblados, a las mozas y a los niños, las canciones rifeñas, cortas y sencillas, con dejos de ternura que incita el deseo de conocer el folklore de esta gente, cuya tradición guarda recuerdos de una antigüedad muy remota, por nosotros perdidos.

Un excursionista, maestro en el idioma del país, traducía esas canciones y a los moros del campo les hablaba en *cheljha*. Entonces pudo conocerse el prestigio del idioma propio de la comarca. Es un idioma primi-

tivo, anterior a la invasión del Islám, sin caracteres de escritura, guardado a través de los diversos pueblos dominantes, que, aun absorbido por el de los conquistadores, no desapareció ni se transformó nunca, y renació después más vigoroso, como revivía también la costumbre y el derecho tradicionales, por ser la fuerte conservación de lo suyo—de lo íntimo y ascencial—, uno de los caracteres indelebles del alma berberisca. Es el *cheljha* lo que se habla en el interior de los hogares rifeños y en el que se refieren las leyendas de la raza, cuya literatura nos es casi en absoluto desconocida. Bien clara se notó la influencia del lenguaje nativo en las jovenzuelas que acuden los atardeceres a las fuentes, provistas de sus cántaros redondos y panzudos sujetos con cuerdas a la espalda: se mostraban adustas en la presencia del *arumi*, pero al hablarles en *cheljha*, contestaban con una afabilidad atrayente, hacían gala de una cortesanía peculiar de estos moros, y percibíanse las frases armoniosas del viejo idioma, como una extraña música en labios de mujeres rifeñas.

Sobre todos los deseos de ver lo desconocido, hubo uno en los excursionistas ámpliamente colmado en esta tierra de martirio y de gloria: visitar los lugares de los hechos salientes en las pasadas campañas. Contemplaron el valle del Kert, donde se resume una larga historia de épicas acciones; la cumbre de Uixan, recobrada en 1921, por los hombres de La Legión, que ascendieron un amanecer de otoño por la máxima pendiente, con las ametralladoras conducidas a brazo; las dunas de Taxdirt, donde en el silencio de sus arenales ardorosos parece, ante la fuerza emotiva del sitio, que ha de surgir el escuadrón bizarro, en la violencia sublime de la carga; el campo de Tiza y aquella loma en que los Regulares de Ceuta soportaron inmóviles el terrible fuego enemigo, sembrada todavía de metralla y cascos de proyectiles, como si la hubiese arrasado una nube de hierro y plomo. Han visto el parapeto de Montearruí, donde caían muchos de los nuestros y eran sepultados en el mismo espacio de tierra en que pusieran sus piés cuando hacían la guardia y hallaron la muerte; el abrupto sendero recorrido por los españoles cautivos arras-

trando las piezas artilleras moras, entre golpes y torturas, a los picos del Gurugú; los venerandos muros de la Fábrica de Harinas de Nador; el camino dantesco desde Anual a Ben Tiéb; el paso trágico de Tizi Aza, y tantos otros lugares santificados por la gesta guerrera. Fué en Hassi Berkán donde escucharon referir un hecho sencillito y conmovedor: allí la posición, el valle, la montaña y aun la gruta lóbrega del pozo, los llena el recuerdo del Teniente Casado, que en 1921, sublevada su tropa indígena, pudo salvarse y prefirió quedar solo frente a las hordas lanzadas al asalto, haciendo fuego contra ellas desde las ventanas abiertas de par en par, sin cubrirse, hasta dar la vida con ese *bel morir* propio de las grandes figuras que jalonan la ruta de los pueblos.

Así ha recorrido la EXCURSIONISTA el territorio de la Zona Oriental ocupado por las fuerzas españolas hasta mediados de 1925. En sus expediciones halló siempre el valioso concurso del Ejército para la fijación de itinerarios y conocimiento de útiles noticias; sin tal ayuda no hubiera podido realizar las marchas, y en ellas los Jefes de las posiciones destacadas fueron guías bondadosos e insubstituibles. Formada casi toda la Asociación por hombres extraños a la guerra, pudo vivir merced a la obra de paz cuyos frutos se consiguen en la zona de Melilla. Sin armas y sin escolta, atravesó de punta a punta la comarca de noche bastantes veces o por lugares apartados, sin el mas leve asomo de peligro. Nunca entró en una vivienda mora, pobre o rica, donde de alguna manera no se la obsequiase. Al pasar los caminos ágricos, a pleno sol de estío, por sitios en que no podían ser utilizados ni carruajes ni caballerías, siempre en alguna encrucijada umbrosa, no faltó el moro amable que acudiese con su alcarraza de agua fresquísimas para calmar la sed de los expedicionarios, o con frutas recién cogidas de los árboles, negándose la mayor parte de las veces a recibir estipendio por su oportuno servicio, y enojándose en ocasiones ante lo insistente de la oferta.

Este es el resúmen de lo hecho por la EXCURSIONISTA MELILLENSE en sus tres años de vida. Es cierto que su Archivo de Folklore y su Museo de Objetos Etnográficos

cos todavía carecen de existencia, pero no hay que olvidar, además de la falta de ambiente para el desarrollo del excursionismo por tierras del Rif, el cúmulo de obstáculos propios de una región hasta hace pocos años impenetrable, y hasta ayer abrasada por la guerra. En ninguna otra parte de la Zona Española de Protectorado Marroquí se fundó una Sociedad de análogos fines a los de la EXCURSIONISTA MELILLENSE, y cabe esperar mucho de su trabajo. «Con los últimos viejos de cada pueblo—se ha dicho—caen las costumbres, el conocimiento de los mitos, de las leyendas, de las fábulas y de las técnicas antiguas...»; por lo tanto, compréndese que la ocasión es única, si ha de aprovecharse el *aura virginal* que envuelve ese dilatado y misterioso territorio sometido por las armas españolas. Lo hasta ahora visto, sólo descubre un trozo de la vida rifeña, y aunque la misión de la EXCURSIONISTA se limitase a reunir materiales para que viniesen los hombres entendidos a ordenarlos y someterlos a estudio, se habría conseguido no poco. Ello serviría para descubrir insospechados enlaces con nuestra vida nacional, para descifrar misterios de las edades remotas y para conocer los tesoros de rústica ternura que vagamente se adivinan en las leyendas y tradiciones del pueblo berberisco. Vastísimo es el campo que ofrece el país rifeño a la investigación, en las diversas ramas del saber ¡Quiera Dios que sean españoles quienes inicien y rematen la obra!

JOSÉ M.^a PANIAGUA Y SANTOS,
 Registrador de la Propiedad de Melilla
 y Secretario de la Excursionista Melillense.

Diciembre 1927.



Exterior de la Mezquita de Sidi Bu Yakob
(Kábila de Tensaman)

(Fot. Paniagua)



Zauía y poblado moruno de Sidi Bu Yakob
(Kábila de Tensaman)

(Fot. Paniagua)

ÍNDICE DE MATERIAS

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| Abd El Krim Xauni: Hace mucho tiempo... (en árabe) | 3 |
| Baldomero Tabares: Versión española del anterior escrito | 4 |
| Pedro J. Cano: Cómo nació la «Sociedad» | 7 |
| Jaime Tur: La EXCURSIONISTA y su finalidad patriótica | 9 |
| José González Bursset Revilla: Impresiones. | 11 |
| Francisco Serrano Ruiz: Los bienes religiosos en el Rif. | 15 |
| Antonio Martín Oliver: Breve apunte sobre el traje del rifeño | 19 |
| Eduardo Cortés: Costumbre marinera rifeña. | 23 |
| Un aprendiz de cheljha: La canción rifeña | 25 |
| Jesús Jiménez Ortoneda: Cuento rifeño. El Mentiroso. | 29 |
| José M. ^a Paniagua y Santos: Resumen de excursiones | 37 |

Colocación de las fotografías

| | <u>Páginas</u> |
|---|------------------------|
| País rifeño. (Bajo relieve, por Vicente Rodilla) | Portada |
| Vista panorámica del Gurugú | 6 |
| Grupo de excursionistas en el Zoko El Had de Beni Sicar | 6 |
| Niño de Beni Bu Yahi | Entre las pág. 8 y 9 |
| Centenario moro. | Entre las pág. 8 y 9 |
| Niños de la escuela mora de Sammar | Entre las pág. 8 y 9 |
| Inmediaciones de Zoko El Had de Ferrahia. | 10 |
| Agricultores de Telat | 10 |
| Sangrador moro. | 14 |
| Exterior de la Mezquita de Rabat | 14 |
| Morabo de Sidi Bagdad | 18 |
| Poblado moro de Ayelman | 18 |
| Elaboración de manteca en una casa mora | 22 |
| Excursionistas en los pinares de Taurit | 22 |
| Dunas de Tres Forcas. | Entre las pág. 24 y 25 |
| El Kert | Entre las pag. 24 y 25 |
| Interior de la Mezquita de Sidi Bu Yakob | 28 |
| Primera misa que se ha celebrado en Takigriat.. . . . | 28 |
| Camino de los Cautivos | Entre las pág. 36 y 37 |
| Grupo de moras en el Zoko el Had de Beni Sicar | Entre las pág. 36 y 37 |
| Exterior de la Mezquita de Sidi Bu Yakob | 50 |
| Zauia y poblado moruno de Sidi Bu Yakob | 50 |

Calendario de las Imágenes

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN
MELILLA EN LA IMPRENTA DE ARTES
GRÁFICAS POSTAL EXPRÉS, A
XXX DÍAS DEL MES DE
DICIEMBRE DEL AÑO
MCMXXVII



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MEXICO EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
A. GARCÍA GONZÁLEZ
CALLE DE LA PAZ 140
MEXICO D.F.





BIBLIOTECA NACIONAL



1000600830

